

Carlos Sauras

La térmica de Andorra

Los trabajos de desmantelamiento de la térmica de Andorra se iniciaron el 25 de febrero en el parque de carbones. El proyecto de desmantelamiento está valorado en 60 millones de euros y dará trabajo durante 48 meses a unas 140 personas. El desmontaje se combinará con la instalación de 1.700 megavatios de energía solar y eólica en el espacio de la central y sus alrededores. Los últimos elementos que caerán serán la chimenea y las tres torres de refrigeración. Se usará dinamita y en unas horas las cuatro infraestructuras estarán en el suelo. La petición que se ha hecho de salvar la chimenea y las tres torres parece que no cabe en los planes de Endesa. Es una pena que no se reconsidere esta decisión, porque la chimenea es un símbolo de Andorra y su comarca y de todo el Bajo Aragón Histórico.

Parar el desmantelamiento de la central es muy difícil y no parece conveniente conservar gran parte de las instalaciones, pero la chimenea debería tener un tratamiento distinto. Forma parte, sin duda, de la memoria histórica de tantos trabajadores y de sus familias. La térmica ha sido motor de buena parte del empleo, no solo de Andorra sino de todo el territorio de las cuencas mineras y del empleo indirecto generado en el Bajo Aragón.

Ese patrimonio industrial debería defenderse. El artista Miguel Ángel Arrudi proponía que esa chimenea de 343 metros se convirtiera en torre de comunicaciones para mejorar la conexión en todo el territorio. Una torre como icono de la que fue su zona de influencia. Recordaba las experiencias que existen de estructuras conservadas de este tipo. Por ejemplo, la central térmica de Ponferrada se reconvirtió hace unos años en Museo de la Energía y su reforma mereció el Premio Europa Nostra en 2012.

También Teruel Existe ha pedido la conservación de la central. Si no reciben contestación se plantean recurrir al Inagua por la demolición. Plantean que no se tiren la chimenea y los tres grupos y recuerdan iniciativas conservacionistas que han tenido éxito en Asturias, Inglaterra y Alemania.

En definitiva, es el Ayuntamiento de Andorra el que puede hacer algo, si es que se pretende conservar un recuerdo de lo que fue la térmica. No se entiende que no se haga lo posible para no borrar del todo lo que supuso la Central en la zona.

Antonio López Peláez, catedrático de Trabajo Social y Servicios Sociales

Polarización y políticas del cuidado

Hay que evitar que la polarización política distorsione las medidas orientadas al cuidado de las personas vulnerables. No se debe privilegiar a unos colectivos sobre otros

La mayor innovación organizacional del siglo XX, que ha dado lugar a la etapa más próspera de la humanidad, ha sido el Estado del bienestar en sus diversas formas. Los servicios sociales forman parte de dicha innovación. Cuando tenemos en cuenta nuestra trayectoria vital (desde la fragilidad del neonato hasta la fragilidad de nuestros mayores), nos damos cuenta de que el 'cuidado' ocupa un lugar fundamental en nuestras vidas. Sin cuidado, sin cuidarnos, no hay sociedad. No hay legitimidad ni vínculo entre nosotros.

Lo que fundamenta el cuidado es la legitimidad de los conciudadanos (y de la naturaleza que nos rodea). Y aquí es donde se han producido siempre las batallas culturales que, bajo apariencia de revolución democrática, buscan acabar con la legitimidad del contrario. Se trata de una estrategia performativa, que busca descalificar, anular, deslegitimar y en definitiva justificar la ausencia de cuidado. Ha sido muy usada por fascismos, bolchevismos, nacionalismos, y hoy en día también por movimientos de todo tipo que buscan imponer su enmarcado conceptual y obligarnos a ha-



HERALDO

blar en sus términos. Todos coinciden en un mismo resultado: excluir a los que no abordan la realidad desde su punto de vista.

No es lo mismo reclamar visibilidad y que te reconozcan, a decir que tu punto de vista debe ser el único que debe ser tenido en cuenta. Con su corolario: que los que no piensan como tú son reaccionarios o revolucionarios, o al-

go peor. Muchas revoluciones acabaron en tiranías porque su proyecto transformador enmascaraba una voluntad de poder orientada a la perpetuación propia y la destrucción del contrario. Una democracia madura, sana y participativa nos reclama, sobre todo en los servicios sociales, reconocer al otro y cuidarlo, como ciudadano, desde una posición

que no sea la posición jerárquica del que impone doctrina y establece un único enmarcado ideológico.

La experiencia práctica nos hace estar vigilantes. Los modelos de bienestar no son neutrales, nos encontramos a menudo con las consecuencias negativas no pensadas de ciertas medidas (orientadas a cuidar a los colectivos con los que nos identificamos, y dejando fuera a otros colectivos formados por ciudadanos con los mismos derechos). Paradójicamente, a la vez que se protege a algunos colectivos, se generan nuevas exclusiones. Por ejemplo, en una España vaciada y con una crisis demográfica sin precedentes, con un gobierno en competición interna por ser máximamente 'feminista', una de las primeras medidas propuestas puede perjudicar en su jubilación a muchas madres de familia numerosa.

Potenciar la participación de todos los actores implicados nos permite, al menos en las profesiones de ayuda, estar atentos a cualquier tipo de discriminación y evitar que la polarización acabe perjudicando a nuestros conciudadanos. Para cuidar y cuidarse hay que reconocer y reconocerse, hay que verse, hay que tomar en consideración al otro, en sus aspiraciones, deseos, limitaciones y sueños. Y, desde el mutuo reconocimiento, contribuir a una sociedad más inclusiva. En este sentido, las políticas del cuidado son un magnífico antídoto contra la polarización social.

José Ángel Bergua Amores, catedrático de Sociología

Nunca hemos sido modernos

El modelo político y empresarial español, como el de otros países europeos, produce unas élites sumamente cerradas y centralizadas, con escasa renovación

Algo que, según se dice, diferencia a una democracia de un sistema autoritario es que las élites, además de tener un mayor parecido con las gentes a las que suplantán, tienden a circular y renovarse más. Sin embargo, hace ya unas cuantas décadas, Baena del Alcázar realizó un exhaustivo análisis comparativo del tardofranquismo, la época de UCD y la primera socialista, en el que comprobó que el 42,64% de los altos cargos que había en el franquismo permaneció en las dos épocas posteriores, lo que quiere decir que solo la mitad de las élites fueron renovadas. Más recientemente, una investigación dirigida por Xavier Coller ha comprobado que el 53% de las élites políticas españolas estudió en colegios privados y que cerca de la mitad de los electos (el 47%) han experimentado una movilidad inter-

generacional ascendente, muy superior a la que se registra para el conjunto de la sociedad, que no pasa del 20%.

Por otro lado, un interesante trabajo de Rubén Juste mostraba que en las 35 empresas que, en 1991, durante el primer reinado del PSOE, formaron el Ibex, había 29 consejeros procedentes de la Administración de Franco. El año 2000, ya en tiempos de Aznar, todavía el Ibex tenía 29 consejeros franquistas, la misma cantidad que proporcionó el socialismo de González, ambos muy por encima de los 15 que venían de la UCD, los 5 de la Monarquía en su reinado sin democracia (1975-1977) y los 4 del PP. Conviene recordar que todas esas empresas, si bien suponen el 50% del PIB español, apenas contribuyen con un 7,5% a través de impuestos y tan solo crean el 7,35% de los empleos.

Josep Rodríguez, comparando

datos de 1991 y 2000 acerca de los consejos de administración de las cien corporaciones más importantes que cotizan en Bolsa, ha observado una endogamia parecida. En este caso se trataba de ver las relaciones entre corporaciones tomando como referencia los consejeros que pertenecían, al menos, a dos de ellas. Descubrió que, si en 1991 tal red estaba formada por 76 consejeros, el año 2000 aumentó a 249, de los cuales solo un 13% estaban presentes en la fecha anterior. Sin embargo, en esta expandida y renovada red, las relaciones entre los consejeros se redujeron más del triple: si en 1991 cada uno se relacionaba por término medio con el 22% del total, en el 2000 solo lo hacía con el 7%.

Dice Julián Cárdenas que este tipo de red 'elitista', sumamente centralizada, fuertemente cohesionada y que ejerce un gran con-

trol social sobre la autonomía individual, no solo es propia de España, pues Italia, Francia, Alemania y Canadá participan del mismo modelo. Se caracteriza también por la presencia de un sistema financiero basado en bancos, un estado altamente intervencionista, un gran control de la empresa por parte de los accionistas y una baja internacionalización que, en el caso de Europa, es compensada por la presencia de la Unión Europea. En las antípodas está la red corporativa 'pluralista', mucho más fragmentada, menos cohesionada, mínimamente centralizada y con menos control sobre los individuos. Si en el caso anterior los vínculos transmitían poder, en este solo sirven para comunicar. El Reino Unido, Japón, Estados Unidos, Australia, Países Bajos y Suecia tienen economías sostenidas por este segundo modelo.

Mañana jueves, 11 de marzo, a las 18.00, el profesor Julián Cárdenas ofrecerá una conferencia 'online' y abierta a través de la web de la Asociación Aragonesa de Sociología en la que nos ilustrará sobre muchas más características de las élites españolas. Su título es muy revelador: 'Redes, grandes empresas, corrupción y televisión'.